

mas juzgo que, sin dudas ni barrenos,
 serán un par de pies, pie más ó menos.
 Pero lo que no ignoro
 es que están (á pesar de su decoro)
 de ser buenos soldados imposibles,
 si en las funciones se hacen invisibles;
 pues es (sin afectadas presunciones
 como pregonan todas las naciones)
 de militar indigno y mentecato
 quien de miedo se mete en un zapato;
 además de que nunca logra junto
 honra y valor quien tiene poco punto;
 y así, Anarda, sabrá tu desengaño
 para evitar el daño,
 que son indiscupables devaneos
 querer hacer la guerra con pigmeos;
 y en fin, si acaso á guerra los avías
 sea solo para hacer las correrías.
 Por ignorar también tampoco pinto
 lo que oculta tu saya en su recinto,
 que es ordinario achaque de este tranco
 el haber de pasarle siempre en blanco;
 á más que lo que en tí la saya encierra
 sábelo que es la sangre de la guerra,
 siendo su pabellón adonde se halla
 el campamento real de la batalla,
 y se puebla mejor (sin ser burlesco)
 con la gente que le entra de refresco;
 y sobre estas seguras propiedades
 que hacen tus atractivos vanidades,
 porque logre mejor de mi esperanza
 su mas apetecida semejanza,
 muralla es contra el sexto
 adonde yo mi batería asesto.
 Ya, Anarda, estás pintada y repintada,
 en la guerra y la paz pintiparada,
 vamos ahora á ver si se despinta
 cuanto el gusto pidiéndome te pinta,
 que puede ser que en ello, fino amante
 por la pinta me saques al instante.
 Mi mano es de un reloj la mano diestra
 que no da sino muestra,
 y me haré de tapiz figura airada
 que está amagando dar y no da nada;
 pues por no disgustarte
 no darte intento sin dejar de darte
 que hay, en esto del dar, tales estragos
 que es mucho hallar quien dé ni aun por amagos.
 Mis prendas de poeta, aunque cabales,
 nadie dará por ellas cuatro reales;
 pero te ofrezco, porque no te ofendas,
 de soldado empeñar todas mis prendas.

Tu primer petición, á troche y moche,
 es que te compre coche,
 y es intento que el diablo no ha pensado,
 porque vayas en coche, ir yo arrastrado.
 Antes con Satanás vieja se vea
 quien tan inútil invención desea,
 pues de verte á ambos males condenada
 más quiero verte rucia que rodada;
 y damas de tu porte
 no es bien que anden en ruidos por la corte,
 y fuera en mí muy grande desafino,
 pues galán que da coche es un cochino,
 burlador de la dama que venera,
 presentándole cosa tan trasera,
 y siendo tú de mí tan estimada
 dirán que yo te traigo aperreada
 que á los cocheros, en Madrid, sin hierros
 todo el mundo los llama azotaperros,
 y tú no has cometido algún desastre
 para que nadie por Madrid te arrastre;
 mas si el coche tu gusto tanto empeña
 yo te pondré á la puerta una cureña
 que, de noche y de día,
 pueda pasear muy bien tu artillería;
 que aunque no es carruaje tan lucido
 cuesta menos y no hace tanto ruido;
 y si á pasear tu garbo en ella empieza
 te dirán todos que eres linda pieza,
 pues descubierta, en continuados giros,
 mejor desde ella acertarás tus tiros,
 y entre y otra especie de cochero
 mal por mal mejor es un artillero,
 Y si este coche admities, por mi vida,
 nadie habrá que prestado te lo pida.
 La segunda demanda
 de cuatro piezas es de fina Holanda,
 con que á tus camas blancas y mullidas
 les hagas de ellas sábanas lucidas,
 y el pedir para sábanas sin tiento
 de tu donaire es poco miramiento,
 que aunque hayan de ser tales
 me está oliendo á demanda de hospitales,
 y es fuerza que cristiana de ser dejes
 pues dormir gustas en poder de herejes,
 y yo temiera cuando tal pensara
 que una noche el demonio me llevara.
 Mas fuerza es, si lo quieres, que yo vaya,
 á traerte estas piezas de la Haya,
 que es de Holanda la corte,
 donde se funden de estupendo porte,
 y de ellas abundantes sus armadas
 navegan ambos mares artilladas;

y pues si han de ser no me das cuenta
de á treintaicuatro libras ó cuarenta,
de buen calibre á dártelas me obligo,
porque allí tengo un fundidor amigo
de cuya casa, aunque parece pobre,
dicen todos que allí se bate el cobre;
y yo juro, si á darte así comienzo,
que á tu muralla no le falte lienzo.
Acápiteme tercero entra un estrado
de terciopelo verde ó encarnado,
donde con gran decencia solicitas
recibir muy de asiento tus visitas;
y si verdades hablo
los tres pelos del diablo
debes tú de tener, según recelo,
pues me quieres pelar con terciopelo.
Si el tercio fuera solo (no te asombres)
uno te diera de doscientos hombres;
pero es de los arrieros vil comercio
que solamente un hombre forme un tercio;
mas, á solas contigo, de repente
puedo hacer tercio levantando gente,
porque cosas como estas es quimera
querer que se hagan sin alzar bandera;
pero no te me aflijas
con mis temas prolijas,
que una entrada encubierta he de traerte
de una plaza de Flandes, la más fuerte,
pues para mí, que no se me da nada,
lo mismo es un estrado que una estrada.
La cuarta petición en que me empeñas
es una gala, y rica por más señas,
sin discurrir que es nombre muy usado
llamar *gala* á la sarna del soldado;
y si ésta el gusto apetecer te deja
yo te la pagaré entre ceja y ceja,
pues obligándome á rascar sin susto
no dirás que no es gala de buen gusto;
pero vaya de veras
y hágote capitán sin más esperas,
y en pescando en tu mano la bengala
quita tres letras y tendrás la gala.
Es lo quinto que pides, unas puntas
con que á mi bolsa diestramente apuntas,
y siento que me animes
á darte cosa con que te lastimes,
porque puntas de amantes que se quieren
no solamente pican sino hieren,
y te fio esta vez que mi puntada
te deje si no herida, bien picada;
pues pienso hacer, con gran bellaquería,
sin tocar en el blanco puntería.

Daréte chuzos, alabardas, picas,
alfanjes, lanzas, bayonetas, ricas
partesanas, espadas,
todas finas, lucidas y acabadas,
que con ellas podrá tu airoso estilo
con la más estirada darse un filo,
y lleve el diablo la que así te viere
si atrevida contigo se metiere.
Al capítulo sexto, guarniciones
pides de plata para dos jubones,
y yo pensé, al llegar tan linda al verte,
que nadie se atreviera á guarnecerte;
pero te puede dar el gusto gajes
por saber que se compran tus encajes;
mas no pierdas las ganas
que, aunque son veteranas,
guarniciones tendrás sobresalientes,
numerosas, lucidas y valientes;
tendrás la fuerte guarnición de Lilla
que ha sido de holandeses la polilla,
la de Amsterdám, Bruselas, Barcelona,
la de la ciudadela de Pamplona,
la de Yernes, Tornay y la Chapela,
la de Extremoz, Nonara y la Rochela,
la de Cádiz, el Puerto y su bahía,
fuerte muro de toda Andalucía,
y aún tendrás, si ambiciosa la quisieres,
la de Andenarda, Puigcerdá y Amberes,
que estando todas ellas con cuidado
asistidas de sueldo bien pagado,
para mayor decoro
guarniciones serán de plata y oro;
y con eso estarás toda tu vida
con tanta guarnición bien guarnecida.
La séptima demanda de tu lista
de seis punzones es, á letra vista,
con que airoso se adorne sin recelo
el primoroso jaque de tu pelo.
Pero yo discurría
que los punzones, linda bobería,
aquí por axperiencia
conozco, en mi conciencia,
que hay soldados, grandísimos bonetes,
tan solo buenos para abrir ojetes;
mas yo les rindo el cuello
desde que sé que adornan tu cabello;
sean quien fueren estos mis señores
soy el más bajo de sus servidores,
y échenme de tu esclavo treinta sellos
como no gaste medio real en ellos.
El no saber quien son estos coritos
tiene mi corazón en mil confitos;

mas veamos si acaso de pasada
 con un algamacén les doy palmada.
 Cuerpo de tal! qué linda repelona
 con los punzones ha de arder Bayona!
 Allá van arcabuces y bandolus,
 mosquetes, escopetas y pistolas;
 allá van carabinas y esmeriles,
 que ingenios son del fuego bien sutiles,
 de cuyo impulso esperas como avispas
 sale oprimido el fuego echando chispas;
 y para el pelo, Anarda, aunque perdones
 también se llaman chispas los punzones.

De seis pares de guantes (linda treta)
 es la octava estación de tu receta;
 maldita acción de damas demandantes
 que andan echando guantes,
 y por no tolerar las manos frías
 las hacen vergonzantes ú obras pías;
 mas déjame quejar, si es que te agrada,
 porque me duele mucho la guantada,
 y es lástima que manos tan divinas,
 llenas de perfecciones peregrinas,
 cuando son en lo bello tan cabalés
 se aforren con pellejos de animales;
 porque han de parecer, con mal concierto,
 manos de penitente de desierto;
 y más cuando tus uñas, aguilonés
 de echar la garra, pueden dar lecciones;
 pero si ello ha de ser, sin más zozobra,
 vamos poniendo manos á la obra,
 y llévate hacia allá, con breves coplas,
 por mi gusto seis pares de manoplas;
 que con ellas tendrás, si de eso pende,
 de hierro y de algodón manos de duende,
 y en cualquier guerra, tibia ó disputada,
 con ellas entrarás de mano armada;
 y no hay pensar que en mi porfía cese
 que las has de llevar, aunque te pese,
 que si aguantan tus guantes tus amantes
 justo es que, pues los pides, los aguantés.

Aquí dieron la piel amontonadas
 las ocho peticiones mencionadas;
 y no dirás, Anarda, que tu gusto
 en mi garbo ha encontrado algún disgusto.
 Pídemme sin vergüenza á todas horas
 que, pidiendo sin darte, me enamoras.
 Píde sin ton ni son mil zarandajas
 al ruido de los pífanos y cajas;
 pide por esa boca cuanto quieras
 que, aunque mis faltriqueras
 en aflijidas calmas
 se miran como Dios quiere á las almas,

á boca de cañón ó de escopeta
 de arcabuz, de pistola y de bragueta,
 con su lana y su pelo
 te daré cuanto pida tu desvelo;
 porque cuando me falten los calzones
 sabré vender un trozo de valones,
 y tanto á tu placer tierno me obligo
 que entregara una plaza al enemigo;
 pues habiendo sobornos
 no hay nadie que me gane en hacer tornos,
 y dejando la bolsa bien guardada
 sé muy bien darlo todo y no dar nada.

De don Jerónimo de Monforte:

Veo el papel, Marica, en que me pides,
 ó por mejor decir, que me despides;
 pues en casos de amor al escucharme
 es lo mismo pedirme que negarme.
 Veo otra vez, repitó y otras ciento,
 la nota de tu humilde pedimento
 al cual respondo, porque en tal propuesta
 ya es principio de dar el dar respuesta.
 Para hacer un Cupido me has pedido
 un clarín delicado, que haya sido,
 por sutil y delgado,
 del hilo del discurso fabricado;
 y así te envío, niña,
 un trompeta de dos de Traslaviña.
 Puntas para fustán me pides luego,
 y viendo en lo que el ruego
 estima que haces guerra
 al pecho con las puntas que en tí encierra,
 te prevengo mi espada
 para darte de punta la estocada.
 De plumas á la moda con penacho
 monterilla me pides de gabacho,
 que coroneles ricos
 muy propios son en tí y en mí postizos;
 y porque al campo salgas más armada
 á tu servicio ofrezco mi celada.
 Para guardar tus galas ¡lindo chistel!
 una caja muy grande me pediste,
 y pronta mi obediencia no te ataja
 que enviándote el tambor te doy la caja.
 Recibe, pues, Marica,
 lo que guerrero amor te sacrifica,
 que si de algunas cosas más te agradas
 aún tengo para darte unas trompadas.

JUICIO SINTÉTICO

Desentendiéndonos de la insustancial glosa, hay que convenir en que los académicos derrocharon ingenio y agudeza en los ovillejos. El padre Sanz, de los mínimos de San Francisco de Paula, versifica en esta velada con una galanura que no ostentó en su romance de la sesión anterior.

R. P.



ACTA DÉCIMA

ACADEMIA QUE SE CELEBRÓ EN EL REAL PALACIO DE LIMA, EN OBSEQUIO FESTIVO DE LOS FELICES AÑOS DEL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE V. (QUE DIOS GUARDE) EL DÍA 19 DE DICIEMBRE DEL AÑO 1709.

CONCURRENTES:

Su Excelencia, que hizo oficio de Fiscal,
Don Juan Manuel de Rojas, presidente,
Don Gonzalo Cayetano de la Torre, secretario.

<i>El P. M. Fr. Agustín Sanz</i>	—	<i>El marqués del Villar del Tajo</i>
<i>El licenciado don Miguel Cascante</i>	—	<i>Don Pedro de Peralta</i>
<i>El marqués de Brenes</i>	—	<i>Don Jerónimo de Monforte.</i>
		<i>Don Pedro Joseph Bermúdez</i>

Un discreto orador llamó al amor sin obras, luz sin llama: porque su tibio esplendor recrea los ojos y no enciende los pechos. Vanamente pondera lo que ama quien, en las obras, no muestra lo que quiere. El extremo con que el Excmo. señor marqués de Castell-dos-Rius amaba á nuestro Rey y Señor don Felipe V. era exceso de fineza, viviendo afectuosamente rendido á sus reales heróicas prendas, y fervorosamente empeñado en defender la justicia de su derecho, como quien puso (siendo Embajador de su mismo Rey) veinte y dos coronas de los reinos de España en su real mano. Debióle la Grandeza, tan debida á sus méritos heredados y adquiridos, y el gobierno de estos reinos, á quien hizo Su Magestad la merced de enviarle un Virrey mayor que su fama, y mejor que nuestras esperanzas. Y así era su ardiente celo, nacido de agradecimiento y amor, como lo manifestaron sus infatigables operaciones y finezas, ejecutadas en el real servicio, las cuales pedían más copioso volumen para su relación. Pero cuando llegó á esta corte de Lima la noticia feliz del nacimiento del